

UNIVERSIDAD O PLURIVERSIDAD

(Sabiduría versus Ideología)

SUMARIO

i. El saber superior. La verdad y el error. ii. Los resultados. iii. El peligro ideologizador. iv. El impacto en la Universidad. v. A la caza de los alumnos.

Un conflicto como el que se generó en torno a la rectoría de la Universidad de Chile es siempre muy ingrato por la dificultad de mantener las pasiones a raya. El transcurso del tiempo, sin embargo, y el relativo apaciguamiento que ha traído el nombramiento de Juan de Dios Vial Larraín permiten observar cómo, más allá de una cuestión de nombres, afloró en ese conflicto toda una temática universitaria que interesa no sólo a la Universidad de Chile, sino a la institución universitaria en sí, y que, por ello, merece ser puesta de relieve.

Por ejemplo, en declaraciones publicadas en *La Segunda* del día 28 de octubre recién pasado, uno de los actores de ese conflicto afirmaba que en él "se confronta el concepto de una Universidad libre, con respecto a todas las ideas y comprometida en el desarrollo del país, con una Universidad minimizada y diluida en su trascendencia". Es muy probable que haya sido así, aunque es significativo que Jorge Iván Hübner, que sustenta ideas, y de las buenas, estaba en el lado contrario. Me interesa, sin embargo, comentar esta afirmación al margen de la situación contingente en que ella fue emitida: la cuestión estriba en saber si en una Universidad que se precie de tal pueden respetarse todas las ideas y si ello ayuda al desarrollo del país.

I. EL SABER SUPERIOR. LA VERDAD Y EL ERROR

Históricamente, las universidades nacen en Occidente, en los albores del siglo XIII, como instituciones dedicadas al cultivo y transmisión

del saber superior, constituyendo la culminación de un largo proceso de organización de esa actividad. Su objetivo es el conocimiento de la realidad de la manera más acabada posible: lo que nosotros somos, nuestro origen y destino; lo que son las distintas cosas que nos rodean, su finalidad y el sentido del orden en que están dispuestas en la Creación.

El saber superior es la base del saber técnico y del saber profesional, pero considerado en sí mismo es *teórico*, es decir, proveniente de la pura contemplación inteligente de la realidad. Es el saber por el saber que después, en otra instancia, permite conducirnos en la vida y utilizar adecuadamente las cosas que nos circundan. Es el saber que nos hace salir de la ignorancia radical y que, por ende, nos defiende de los embaucamientos, de los prejuicios, ideologías y consignas en boga.

Para estos efectos, apunta, en primer lugar, al conocimiento de la realidad como un todo, a la explicación de las causas últimas de todo cuanto existe; es la filosofía, cuya culminación la constituye la teología o estudio del Creador. Pero esta visión global no nos descubre las esencias de las distintas cosas que nos rodean, ni nuestra propia esencia. El conocerlas es el objeto de las *ciencias*, en plural, pues en este ámbito el conocer se diversifica según la distinta realidad de cada grupo de seres. Al interior de la Universidad hay, así, una jerarquía en el saber; el que aportan las ciencias es complementario del que aporta la filosofía. Esta última, aunque sea en forma somera, debe de algún modo estar presente en la enseñanza de todas las disciplinas. Es lo que da unidad y sentido último a la actividad universitaria y la que le imprime el carácter de tal.

La Universidad, como no puede menos de ser, supone la posibilidad de acceder a la verdad, en cuanto ésta no es más que la *realidad* del objeto hacia el cual se dirige la acción cognoscitiva. Es importante recordar este punto, por mucho que sea de Perogrullo, pues si la verdad fuera del todo independiente de la realidad, hasta el punto de que cada uno de nosotros la pudiera elaborar a su gusto, la *posibilidad de errar no existiría*. Es lo que notaba el viejo Sócrates contra el sofista Protágoras: "Si las opiniones, que se forman en nosotros por medio de las sensaciones, son verdaderas para cada uno; si nadie está en mejor estado que otro para decidir sobre lo que experimenta su semejante, ni es más hábil para discernir la ver-

dad o falsedad de una opinión; si, por el contrario, como muchas veces se ha dicho, cada uno juzga únicamente de lo que pasa en él y si todos sus juicios son rectos y verdaderos, ¿por qué privilegio, mi querido amigo, ha de ser Protágoras sabio hasta el punto de creerse con derecho para enseñar a los demás y para poner sus lecciones a tan alto precio?, y nosotros, si fuéramos a su escuela, ¿no seríamos unos necios, puesto que cada uno tiene en sí mismo la medida de su sabiduría...? Porque, ¿no es una insigne extravagancia querer examinar y refutar mutuamente nuestras ideas y opiniones, si todas ellas son verdaderas para cada uno, si la verdad es como la define Protágoras?" (Platón, *Teetetes o de la ciencia*).

La realidad, por cierto, no se entrega con facilidad; hay que conquistarla y es en esa labor, ardua, árida, agotadora, que experimentamos, a veces con desaliento, la implacable presencia del error. Alcanzar la sabiduría requiere de nosotros muchas virtudes: perseverancia, esperanza, disciplina, etc... pero también humildad para saber reconocer que la verdad no se inventa ni se saca de la manga, sino que se *conoce*, y que en ese afán muchas veces se yerra. Humildad para reconocer que la verdad puede estar más en el juicio del otro que en el propio, y que el conocimiento es obra del trabajo mancomunado de varios, distribuidos aún a través del tiempo y del espacio. De ahí la enorme importancia del diálogo para comunicarse los resultados de la observación: la ciencia y la filosofía no se hacen a espaldas de la realidad ni a espaldas de los demás.

II. LOS RESULTADOS

A la hora del balance individual, el resultado puede parecer desalentador: al lado de unas pocas certezas, un número grande de opiniones emitidas con timidez y con el temor siempre presente de errar; por último, una infinidad de dudas. Sin embargo, el balance colectivo no aparece despreciable, ni en el campo de la filosofía ni en el de las ciencias; con orgullo podemos decir que no en vano se ha reflexionado en Occidente por lo menos desde hace dos mil quinientos años y, en esa reflexión, las universidades han jugado un relevante papel, recibiendo, sistematizando, depurando, acrecentando y transmitiendo todo el legado cultural de los siglos.

No estamos, pues, al principio de la tarea; tenemos ya un

bagaje intelectual que nos permite discernir el grano de la paja y no aceptar, a título de pluralismo, cualquier extravagancia o contrabando ideológico. Es cierto que hay que ser prudente, que hay que estar abierto al diálogo y al debate; pero no es menos cierto que a la universidad le incumbe, entre otras, la muy importante misión de enseñar a la sociedad los fundamentos intelectuales que la sostienen, de preservarlos o de restaurarlos si ellos amenazan ruina. En esa misión, su papel es insustituible. Si las universidades, por una generosidad mal entendida, abren sus aulas a cualquier idea por disparatada que ella sea, lo probable es que se vean menoscabadas no sólo ellas mismas; el país también verá oscurecida su inteligencia y no sabrá qué camino tomar.

Si todas las ideas aparecen como respetables, ¿no será que el sentido de la verdad se ha perdido? Y la universidad ¿no se convertirá de a poco en algo muy parecido al viejo Panteón romano donde tenían cabida todos los diosillos de la antigüedad, pero, por lo mismo, no era compatible con la presencia del único y verdadero Dios? Si en las universidades caben todas esas "verdades" de cada uno, lo más probable es que no quede hueco para la Verdad. En vez de una universidad tendremos una torre de Babel.

Oigo, desde luego, las rutinarias críticas: "Nadie es dueño de la verdad absoluta", "¿qué es la verdad? ¿quién la determina"? Más allá de la intención con que estas interrogantes o afirmaciones son hechas, ¿no esconderán ellas una falta de fortaleza para enfrentar una posición contraria? En todo caso, una certeza podemos retener: si la verdad no existe, o si no es posible conocerla, o si ella depende de lo que cada uno piense; en suma, si Pitágoras tiene razón contra Sócrates, lo más práctico es cerrar las universidades por carecer de sentido su existencia.

III. EL PELIGRO IDEOLOGIZADOR

Como decíamos, la vida universitaria es una vida consagrada a la búsqueda y transmisión de la verdad. Y aunque no se cesa de aprender, hay un momento en que se puede comenzar a enseñar, asegurando así la pervivencia de la cultura y ahorrando a las generaciones futuras la necesidad de empezar siempre de cero. Como todas las actividades humanas, la universitaria tiene aspectos gratos; también dificultades y asperezas.

La principal de todas ellas está constituida por el carácter extraordinariamente arduo de la actividad cognoscitiva que, en definitiva, empuja a muchos a posturas escépticas, sobre todo en disciplinas tan importantes como filosofía, moral y política.

Pero a la vida universitaria la acecha un peligro más grave. Más allá de la mayor o menor dificultad de conocer la verdad, más allá del escepticismo, para los hombres de todos los tiempos no ha sido fácil aceptar la verdad en cuanto ésta, por ser el reflejo de una determinada realidad, se impone a la inteligencia al margen de lo que nos gustaría que las cosas fueran. La tentación de organizar un mundo según nuestros personales deseos es siempre grande y a ella se opone la verdad tal cual la hemos definido.

El problema deja así de ser intelectual para convertirse en moral. No se trata tanto de que la verdad sea difícil de conceptualizar sino simplemente de que *no se la quiere*. No hay, por supuesto, que generalizar más allá de lo estrictamente necesario, pero no puede dejar de notarse que este rechazo visceral a la verdad constituye en nuestra época una característica importante, que si aún no ha producido todos los desastrosos efectos que de ella pudieran temerse, es sólo porque todavía pesan en el inconsciente individual y colectivo las verdades sobre las cuales se estructuró nuestra cultura occidental. Hay, en el mundo contemporáneo, un desfase entre la teoría y la práctica: mientras en teoría se sostiene la autonomía de la inteligencia respecto de la verdad objetiva, en la práctica todavía se vive *como* si esa verdad existiera. Pero este desfase va progresivamente cerrándose: la teoría, como no podía menos de ser, se traduce de manera cada vez más intensa en la vida práctica.

En este punto cabe hacer una distinción: nadie es escéptico en el campo de las ciencias de la naturaleza a pesar de su carácter enormemente arduo. Pero sucede que todo el esfuerzo que se despliega en conocer las cosas suele tener por objeto el empleo de éstas en orden a la satisfacción de intereses desvinculados, y aún en contradicción con el interés común. Es decir, se pasa por alto el orden real en que las cosas están dispuestas y se trata de imprimirles un orden nuevo conducente a la satisfacción de esos intereses. Es el caso típico y muy dramático de la biogenética. Quienes así obran —y no son pocos, por desgracia— pretenden erigirse en centros absolutos que tratan de ordenar todo el resto de los seres a sí mismos.

La conclusión fluye sin dificultades: la inteligencia no tiene por qué preocuparse de conocer una verdad inexistente, pues su misión es ahora *crear* esa verdad en la práctica cotidiana, imprimiendo a las cosas un orden nuevo que se ajuste a los intereses de cada grupo.

IV. EL IMPACTO EN LA UNIVERSIDAD

Las consecuencias se han dejado notar con prontitud en la universidad. Es que, en esta hipótesis, ella se constituye en un estorbo, pues de mantenerse fiel a su esencia no puede dejar de denunciar el error. De ahí que se pretenda si no dominarla sí, por lo menos, impedir que cumpla con su misión propia. Desde luego, la presión para que enseñe como verdad el que no hay verdad o el que "cada uno tiene su verdad". De ahí el auge de pseudofilosofías que, en el fondo, buscan cohonestar intelectualmente la pretensión de una inteligencia creadora de la verdad y que presentan al hombre como un núcleo de libertades y de prerrogativas a cuyo servicio todo tiene que referirse.

Enseñar, en cambio, acerca de sus deberes, de su carácter de criatura ordenada, junto a sus semejantes, al servicio de un fin trascendente, es algo que queda prácticamente descartado. La relación con Dios queda entregada al campo de la sensibilidad y de la subjetividad individuales; hablar de un juicio final sobre la conducta humana en esta vida es un tema que ya ni la misma Iglesia se atreve a plantear. Da la impresión de que el hombre de nuestra época difícilmente soporta ser enseñado sobre estas materias que, sin embargo, son fundamentales. A lo más concede el beneficio de permitir que se le informe sobre doctrinas alternativas entre las cuales él elegirá con toda libertad.

Pero las cosas no terminan ahí. La inteligencia no puede contentarse con el vacío. Hay que reemplazar la verdad con explicaciones *ad hoc*, que sirvan para justificar el orden nuevo que se pretende imprimir a las cosas. Es la hora de las *ideologías*: sistemas cerrados de ideas que se elaboran al margen de la realidad, que se sostienen sobre postulados avanzados gratuitamente; verdaderos dogmas de fe que no admiten ser discutidos de ninguna manera. El marxismo, por ejemplo, se sostiene sobre el postulado que encabeza el Ma-

nifiesto Comunista: "La historia de toda sociedad, hasta el presente, es la historia de la lucha de clases". La universidad, en cuyas cátedras de historia se enseñe algo distinto pasa, de inmediato, a ser considerada como instrumento destinado a perpetuar en el poder a las clases opresoras. "El hombre nace libre y, sin embargo, vive en todas partes entre cadenas", sostiene Rousseau. Si una universidad enseña que la vida social no encadena sino que constituye el estado natural del hombre y que, por ende, para liberar a éste no se precisa como principio la destrucción de las estructuras sociales, es una universidad "alienada y alienante". Entre nosotros, se ha hecho un lugar común el afirmar que "la democracia es el único régimen que garantiza la no arbitrariedad" (Boeninger: *Desafíos económicos para la construcción de la democracia*). Quien enseñe que en todos los regímenes pueden suceder arbitrariedades y que, por ende, no hay régimen que sea bueno *per se*, y, los demás, irremediamente malos, corre el riesgo de ser tachado de "fascista".

Detrás de estos postulados hay todo un juego de intereses, cuyo triunfo depende precisamente de la intangibilidad de aquéllos: sobre su validez no puede admitirse discusión alguna. Estamos en las antípodas de lo que constituye verdaderamente una universidad. Para la ideología no hay alternativa: o perece o se apodera de las universidades, no sólo para que éstas no denuncien la impostura, sino fundamentalmente para que les sirvan de altavoz a sus postulados. En este afán, todos los medios le son útiles y legítimos, aún la corrupción y manipulación de los alumnos.

V. A LA CAZA DE LOS ALUMNOS

El alumno universitario constituye para la ideología una presa tentadora. Conquistándolo, puede introducir una cuña dentro de la universidad que le sirva para apoderarse de ella, como sucedió en 1967. Asimismo, le es admirablemente útil como carne de cañón en la lucha callejera y aún violenta para asaltar el poder político. La responsabilidad del cuerpo académico es, por ende, considerable: por el bien de los alumnos y por el del país es preciso preservar a aquéllos de tales tipos de manipulación, impulsándolos, al contrario, para que por medio del estudio, la reflexión y la investigación se formen ideas propias y verdaderas, dejando a un lado las consignas, los prejuicios y los lugares comunes de que se alimentan las ideologías.

Es alarmante, en este sentido, la extrema politización que presentan grupos importantes de la juventud universitaria del país. No es *normal* que gente que por definición no sabe —por eso está en la universidad— tome posiciones sobre temas tan difíciles y complejos como son los políticos. Agrava este cuadro la acogida que encuentran esos estudiantes en las directivas de los partidos políticos, y el entusiasmo con que éstas los reciben.

Si los alumnos perciben que sus opiniones son oídas con especial unción por los “políticos”; si perciben que éstos dialogan con ellos de igual a igual, y que los periodistas se disputan el honor de entrevistarlos, no es extraño que concluyan en la inutilidad de los estudios universitarios: ya lo saben todo.

No se trata, por supuesto, de menospreciar a los alumnos, pero sí de reconocer el lugar que ocupan en la sociedad y de tratarlos en consecuencia. El bien de la política así lo exige, por lo demás, pues ¿qué se puede esperar de una conducción política donde los alumnos juegan, como ellos dicen, un “papel protagónico”? ¿Qué pensar, intelectual y moralmente, de los adultos que se prestan para este “juego”, que no pasa de ser una farsa? La política es la actividad social más importante, pues su objetivo es nada menos que el gobierno del país. De más está, entonces, recalcar la importancia de una esmerada preparación de aquellos que se sienten llamados a participar en este campo.

Si el país quiere superar de manera estable sus problemas políticos, es menester que algún día cuente por fin con dirigentes que demuestren, en sus dichos y en sus hechos, cuando sean llamados a altas responsabilidades, haber haber pasado en sus vidas por un período de silencio, de estudio y de reflexión. Es lo que proporcionan las verdaderas universidades. De ahí la importancia de mantenerlas libres de la presión ideológica.

GONZALO IBÁÑEZ SANTA MARÍA*

*Profesor de Filosofía del Derecho, Facultad de Derecho, Universidad Católica de Chile.